

Prevención Cardiovascular

La chica de las telenoticias le tenía un aire a Mary Tyler Moore cuando era joven, pero con el pelo más corto y por supuesto sin aquel cardado típico de los años sesenta. En cualquier caso resultaba simpática y tenía cierto gancho.

—Según un reciente estudio, parece ser que las familias con un anciano a su cargo gozan de mejor salud—dijo con una sonrisa de las suyas—.Y si no, atiendan al siguiente reportaje...

El reportaje en cuestión duró unos escasos tres minutos, llenos de bustos parlantes con aspecto de sabios, traducidos sobre sus propias voces, que coincidían en afirmar que la American Heart Disasters Association afirmaba a su vez, sin ningún género de dudas, que los matrimonios, en especial los miembros varones, mayores de cuarenta y cinco años, tenían menor riesgo no sé qué de padecer enfermedades coronarias.

—Dicho de otro modo: Pongan un anciano en su vida... y sus corazones se lo agradecerán—aclaró la chica de las telenoticias y la verdad es que hizo muy bien en aclararlo.

—¿Has oído eso?—preguntó él, frotándose inconscientemente la tetilla izquierda, que tanto le preocupaba desde unos días atrás.

—¿El qué?

—¡Pareces tonta! ¿Qué va a ser? ¡Lo de la tele!

—No he entendido nada.

Como la campana salvadora del boxeador sonado en el ring, la noticia fue ampliada en aras de la estabilidad conyugal.

—El número de eventos coronarios está significativamente reducido en sujetos, sobre todo varones, que conviven con ancianos de la familia en un mismo domicilio—dijo el doctor no sé cuántos, conocido cardiólogo de renombre mundial.

—¿Quiere decir que se producen menos infartos en esos varones?—preguntó el avisado periodista.

—Efectivamente.

—¿Y da igual que sean padres o suegros?—preguntó el periodista, dando muestras una vez más de su gran sagacidad.

—Me alegra que me haga esta pregunta—contestó el doctor no sé cuántos, dispuesto a descubrir al gran público el enigma de la Esfinge—. Estudios a doble ciego han demostrado que sí. Incluso ha funcionado igualmente con abuelos.

—Ya lo saben ustedes—concluyó el periodista—. Con ancianos se vive mejor.

—¡Rápido!—dijo él, presa de una gran excitación—. ¡Vámonos a las Obleas a por tu padre!

—¿A las Obleas? ¡Pero mira que eres bruto!—contestó ella con retintín—. ¡A las Oblatas, pedazo-animal!

—Como se llamen. ¡Qué más da! Lo que importa ahora es tu padre...

—¿Mi padre?—dijo ella con los ojos a punto de salirse de las órbitas—. ¡Tú te has *desquiciao*!

—¡Más respeto, que es tu padre!

—¡Ay, que a mí me da algo!—exclamó ella de forma teatral, apretándose la mano contra el pecho—. ¡Qué cara más dura tienes! Si no lo has *tragao* nunca...

—¡Bueno!—contestó él, intentando dejar zanjado el tema—. Rectificar es de sabios...

—¿Y todo esto es por el follón ese de la tele?

El que calla, otorga. No podía haber en esos momentos una verdad popular más absoluta.

—Te has *desquiciao*—ratificó ella—¿Es que vas a hacerle caso a esos *chalaos*?

—Lo han dicho en el tele. ¿Es que no lo has visto?—se defendió él, poniendo por testigo a la Biblia moderna—. Ahora vas a ser tú más lista que todos esos médicos ¿no?

—¡Paparruchas!

—Tú con tal de llevarme la contraria eres capaz de todo—se quejó él—. Es bueno para el corazón. Así que...Más vale prevenir.

—Mira, Inocencio, que mi padre se mea y se caga encima...

—¡Ea, que ya está bien, Patro!—gritó Inocencio con la vena del cuello a punto de reventar—. Si se hace encima, que el médico le recete pañales y todo arreglado.

Habló Blas por boca de Inocencio, y punto redondo. No la dejó rechistar. Aunque Patro era de aúpa y le dio la murga bien dada camino de las Oblatas. En la puerta intentó una última llamada a la cordura.

—¡Con lo que nos costó meterlo en esta residencia!

—Pues ahora no nos va a costar sacarlo.

Eso fue un decir. La superiora era un hueso duro de roer y una experta negociadora, que ya acababa de perder, antes de la visita de Inocencio y Patro a cuatro pensionistas y sus respectivas pensiones, porque cuatro familias con antecedentes cardiovasculares, probablemente, habían sido más rápidas, tras la noticia de la tele. Sin embargo la superiora había vendido cara su derrota y había arañado sendos donativos para la congregación. Ni que decir tiene que no pensaba dejar que Inocencio y Patro se fueran de rositas.

—¡Me cago en la leche!—le protestó en voz baja Inocencio a Patro por el pasillo—. Nos cuesta veinte mil duros sacarlo. ¡A quién se lo cuentas!

—Todo sea por tu corazón —contestó Patro para chincharlo.

El objeto directo de la futura prevención cardiovascular de Inocencio ni se inmutó con la avalancha efusiva que se le vino encima. No fue capaz de reconocer a su hija, que intentaba confirmarle su identidad en medio de berridos y sacudidas cariñosas, y menos lo fue de identificar a su yerno, que de repente lo trataba como al Niño perdido y hallado en el Templo. Impertérrito, se dejó conducir fuera de la que había sido su residencia los cuatro últimos años. Ni rechistó cuando lo metieron en el coche, ni cuando lo sacaron, ni cuando lo subieron al piso y lo aparcaron en un gastado sillón de polipiel, que habían habilitado estratégicamente junto a la cama plegable en su improvisada habitación.

—Está emocionado, ¿no te parece?—dijo Inocencio, contemplando la estatua de su suegro inmóvil en el sillón.

—Lo que está es *agilipollao*—contestó Patro, haciendo gala de una cruda capacidad de observación.

—¡Pero, qué bestia eres!

El día siguiente fue el primer día del revuelo. ¡Y menuda fue la que se armó!

La tele siguió erre que erre difundiendo a los cuatro vientos que los viejos eran buenos para el corazón. Todas las pantallas se llenaron de doctos expertos que no paraban de aportar datos, experiencias, estudios y resultados de congresos y simposios.

La cosa estaba muy clara. Tener un anciano a su cargo disminuía el riesgo de padecer infartos para los varones de la unidad familiar. Los datos eran incuestionables. Sólo faltaba aclarar si el efecto cardioprotector se extendía también a las hembras de la familia, aunque no había evidencias científicas para pensar lo contrario.

La chica de las telenoticias parecía estar más contenta cada día. Poco a poco su telediario fue aumentando el espacio dedicado al nuevo y asombroso descubrimiento cardiovascular.

—Se está realizando un estudio multicéntrico para demostrar que también se produce un efecto beneficioso en las tasas de colesterol total—dijo uno de los más conocidos especialistas en cardiología, al tiempo que se pellizcaba una oreja en una actitud interesante.

—¡Hale, abuelo!—dijo Inocencio muy contento—. Si al final van a servir para todo...

A Patro no le hizo ninguna gracia la observación y prefirió asesinar con la mirada a su marido. Por su parte, a su padre, que no había dicho una sola palabra desde el traslado, continuaron dándole igual ocho que ochenta y siguió a lo suyo, comistrajeando como una ardilla, sin parar de mover las mandíbulas, liberadas de la cárcel de la dentadura postiza.

A los seis meses del pistoletazo de salida, la carrera se había convertido en una auténtica jaula de grillos. La totalidad de los asilos estaba bajo mínimos y la situación había provocado que miles de trabajadores diesen con sus huesos en el paro. Por primera vez faltaban ancianos y sobraban instituciones.

El triunfalismo de las primeras informaciones en la tele empezó a transformarse en inútiles llamadas a la prudencia.

—Convendría revisar el método científico empleado para hacer aseveraciones tan categóricas—dijo un día un supersabio en un reportaje de las telenoticias.

—O sea, que es todo mentira—dijo Patro con el resoplido de quien empieza a estar hasta las narices de una situación insostenible.

—Tú, dale que dale. No escarmientas—se quejó Inocencio—. ¿Es que no ves lo feliz que está?

—¡Igual que un mueble!—gritó Patro señalando a su padre entre amplios aspavientos—. ¿Igual, digo? ¡No! ¡Peor! Los muebles no se cagan por las esquinas...

—¡Mujer!

—¡Ni mujer, ni nada!—gritó aún más Patro—. Aquí la que quita la mierda, soy yo.

Ciertamente el suegro de Inocencio había demostrado una extraordinaria habilidad para rebozar con sus excrementos los rincones más variados de la casa. Experto en quitarse el pañal con facilidad y desparpajo, dejaba un rastro fácilmente reconocible de sus correrías, sin respetar nada a su paso. Cortinas, alfombras, sillas, sillones y todos los etcéteras imaginables habían sufrido sus desmanes intestinales.

—Lo siento. Pero esto no hay quien lo aguante—les había dicho su único hijo, antes de despedirse—. Yo no puedo vivir ni un minuto más en este establo.

—¡Dile algo!—instó Inocencio a Patro.

—¡Qué le voy a decir!—contestó ella con lágrimas en los ojos, mientras veía cómo el hijo de su alma, maletas en ristre, tomaba las de Villadiego.

Por entonces la debacle de las congregaciones religiosas, dedicadas al cuidado de los ancianos, ya era irreversible. Los conventos se tambaleaban. Incluso una determinada orden se declaró en una especie de rebeldía y comenzó a reclamar ciertas posesiones con el propósito de dedicarse a la vida contemplativa. Muchas hermanas de la fe en Cristo se vieron forzadas a colgar los hábitos para siempre jamás.

Menos de lo que canta un gallo tardó el Papa en hablar ex cátedra. Lo hizo como siempre con su lenguaje críptico y poco comprensible. Los traductores y voceros salieron a la palestra para dar contundencia al mensaje pontificio: Dejad que los viejos se acerquen a mí.

—¿Te has enterado de lo que ha dicho el Papa?—preguntó Patro.

—No—mintió Inocencio—. Pero no me importa.

—Pues es el representante de Dios en la tierra...

—¡Pues cuánto me alegro!

Inocencio no estaba dispuesto a claudicar. Lo cierto es que aquellas molestias continuas en la tetilla izquierda no habían vuelto a aparecer y se encontraba francamente bien. La ciencia era el pilar que sostenía el mundo. No se iba a poner eso en duda a estas alturas.

—¡Con tu corazón, no lo sé!—dijo Patro un día al borde de la crisis nerviosa—. ¡Pero con el mío, acaba!

—¿Qué ha pasado?—preguntó Inocencio, armándose de paciencia.

—¡Se me ha escapado en pelotas!—gritó Patro descompuesta—. Calle abajo, corriendo como un endemoniado, con el pendejo al aire. ¡Qué vergüenza!

—Querría hacer ejercicio, el pobre—se le ocurrió decir a Inocencio.

—¿Ejercicio?—estalló Patro—. ¡Lo mato! ¡Y a ti también!

—¡Abuelo, no sea cabrón, hombre!—riñó Inocencio sin convicción.

El abuelo, por supuestísimo, ni se inmutó y siguió a lo suyo, es decir, comistrajeando sin parar con la mirada perdida en su comida.

—¡La madre que te parió!—gritó Patro congestionada.

La progresión geométrica del caos encendió todas las luces de la alarma social. Los médicos de cabecera no daban abasto para hacer frente a la avalancha de avisos a domicilio que provocaba el gran aumento de ancianos en las distintas poblaciones. El personal de enfermería era insuficiente para tomar tensiones, curar llagas, pústulas y escaras como puños, hacer determinaciones de azúcar en la sangre, administrar los distintos tratamientos cotidianos y dar los oportunos y necesarios consejos para alcanzar una mejor y más integral salud.

El gasto farmacéutico se multiplicó por infinito. Entonces, palabra de Dios, la Administración no tuvo más remedio que tomar cartas en el asunto y cuestionar la Biblia científica americana. Poco a poco, hila la vieja el copo.

La chica de las telenoticias difuminó su sonrisa y se puso muy seria para apoyar los reportajes disidentes. No era oro todo lo que relucía. En Japón había aumentado el número de suicidios femeninos desde que la American Heart Disasters Association había hecho públicas sus conclusiones. En el Reino Unido las mujeres sufrían, desde entonces, un aumento exagerado de las cifras de la tensión arterial y de episodios de trombosis cerebral. En los mismos Estados Unidos, incluso, había aumentado la mortalidad femenina por causas cardiovasculares, especialmente por infarto, en el último año...

—Las conclusiones precipitadas de lo que no eran más que hipótesis de trabajo provocaron que se sacaran de contexto aspectos aún sin demostrar—dijo el famoso doctor no sé cuántos en la tele—. La sociedad de cardiología, que presido, se ve en la obligación de desmentir los aspectos beneficiosos de la convivencia con ancianos a nivel cardiovascular.

—¿No disminuye el riesgo de padecer infarto, entonces?—preguntó la chica de las telenoticias.

—Rotundamente no—donde dije digo, digo Diego, contestó el famoso doctor no sé cuántos.

—¡Si lo sabía yo!—exclamó con una expresión de júbilo Patro, instantes antes de caer fulminada por el rayo de la victoria.

El día de su entierro lloviznaba tristemente, mientras una legión de ambulancias recogía a los ancianos para llevarlos a los mismos lugares que habían abandonado unos meses antes.

Sufriendo estoicamente el calabobos, Inocencio, su hijo y su suegro, al que gentilmente uno de los sepultureros había sentado en una silla, presenciaron el macabro ritual del depósito del féretro en el nicho.

Una vez cementaron las juntas, su hijo le dio un abrazo compungido de despedida. Y allí se quedaron los dos, mudos unos instantes, pensativos en medio de la congoja. Inocencio ayudó a levantarse a su suegro del asiento y bajo la impenitente fina lluvia abandonaron el cementerio con paso lento.

Resguardados bajo la marquesina, esperando el autobús, Inocencio apoyó la mano en el hombro de su suegro.

—Nos hemos quedado solos, abuelo—le dijo con cariño—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Su suegro se lo quedó mirando un momento. Sonrió y le habló por primera vez, desde que lo sacaran de la residencia de ancianos.

—Apuntarnos a un viaje del Inerser—dijo.

Alicante, 25 de Noviembre de 1997